



**Teresa Basile y Nancy Calomarde (compilación,  
edición e introducción)**

*Lezama Lima: Orígenes, revolución y después...*

Buenos Aires

Corregidor

2013

480 pp.



Cristina Beatriz Fernández<sup>1</sup>

Recibido: 06/02/2015

Aceptado: 12/02/2015

Si hay una figura seductora en las letras cubanas es la de José Lezama Lima, a partir de la cual se puede reconstruir gran parte del entramado cultural de la Cuba del siglo XX, así como saltar, desde sus páginas, a otras *eras imaginarias*, como el barroco colonial, un hito en la búsqueda lezamiana de una *expresión americana*. Precisamente a este complejo y atractivo autor estuvo dedicado el *Congreso Internacional El Caribe en sus Literaturas y Culturas. En el centenario del nacimiento de José Lezama Lima*, que tuvo lugar en Córdoba en el año 2010. El libro que nos proponemos reseñar reúne veintidós trabajos presentados mayorita-

riamente en esa ocasión, a los que la tarea editorial de Teresa Basile y Nancy Calomarde imprimió un principio de orden, al agruparlos en siete grandes secciones. A éstas se suma una introducción de las autoras y una síntesis biobibliográfica de cada uno de los colaboradores, al final.

La recepción de Lezama ha estado signada por lecturas sesgadas e incomprendiones de todo tipo, particularmente tributarias de su conflictiva relación con la revolución cubana de 1959, su encubierta homosexualidad y la impronta que dejó en sus letras la formación

<sup>1</sup> Doctora en Ciencias del Lenguaje con mención en Culturas y Literaturas Comparadas por la Facultad de Lenguas de la Universidad Nacional de Córdoba. Profesora Adjunta de Literatura y

Cultura Latinoamericanas I en el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigadora adjunta del CONICET. Contacto: [cristinabeatrizfernandez@gmail.com](mailto:cristinabeatrizfernandez@gmail.com)

católica. Es por ello que se torna necesaria la revisión de su obra y su lugar en la cultura latinoamericana, así como una reevaluación de la crítica sobre el autor de *Paradiso* –desde Cintio Vitier hasta las teorías *queer*, pasando por varios estudios y antologías–. La historización de lecturas que han merecido tanto su obra individual como la revista *Orígenes*, es uno de los méritos de la introducción de las editoras, que se convierte así en presentación del libro y, simultáneamente, estado de la cuestión sobre tan polifacético escritor.

En la primera sección, “Interpelaciones al canon lezamiano”, cinco capítulos revisan la cambiante posición asignada a Lezama en el canon de las letras cubanas. Idas y venidas que tienen mucho que ver con las políticas culturales de la revolución de 1959 y las afiliaciones ideológicas de los críticos. Remedios Mataix pone el foco en el “traumático exilio interior” (67) y “la muerte en vida” (84) de sus últimos años, en claro contrapunto con la forma en que su obra fue resignificada en el marco de la España franquista de las décadas de 1960 y 1970, donde la revolución cubana se veía como una alternativa casi utópica. Mataix opina, como varios colaboradores del volumen, que ha sido crucial el papel jugado por Cintio Vitier en el “control institucional de la interpretación” (73) de la obra del poeta, según la clásica fórmula de Kermode. Por su parte, Francisco Morán desarrolla un trabajo argumentativo tendiente a señalar cómo dos figuras en gran parte antagónicas, José Martí y Julián del Casal, son ineludibles para explicar la génesis de la escritura lezamiana. Entre la “Oda a Julián del Casal” y la exigencia de inscribir toda producción intelectual “dentro de la Revolución” –como lo exigían las *Palabras a los intelectuales* de Fidel

Castro– el homenaje a Casal puede leerse como una “ética de la resistencia” (99) propia de Lezama. Jorge Luis Arcos se detiene en una relectura de *Oppiano Licario* para tratar de dilucidar la relación de ese texto con su poesía, así como sopesar el impacto escriturario de su condición homosexual. En cuanto a César Salgado, a partir de un análisis de las formas paródicas e irónicas en *Oppiano Licario*, sobre todo en el pasaje de Logakón, concluye en que ese texto ofrece una crítica encubierta al asalto al cuartel Moncada de 1953, en clara disonancia con la lectura de Cintio Vitier. Por último, Jaime Rodríguez Matos señala la insuficiencia de categorías como modernidad/posmodernidad, socialista/postsocialista, para decodificar la imagen autoral de Lezama Lima, dicotomías que han orientado en gran medida a la crítica desde los años 90. El análisis de Rodríguez Matos elegirá seguir una figura, la del “escriba” o “copista”, inspirada en una tradición multiseccular, para esclarecer el funcionamiento de la figura del poeta en Lezama.

“Intersecciones barrocas” se llama la segunda parte del volumen y en ella encontramos dos trabajos tendientes a releer las vinculaciones del este autor con el barroco y el neobarroco. El primero, de Olga Beatriz Santiago, señala cómo el cristianismo y el orfismo presentes en Lezama encuentran una modalidad de expresión afín en la metáfora gongorina y en su poesía de naturaleza oracular y hermética. El texto convocado es, obviamente, “Sierpe de don Luis de Góngora”, donde la imaginería asociada a la luz nos acerca al discurso de tipo iniciático y a la antigua vinculación de la poesía con el conocimiento y la revelación. Rubén Ríos Ávila, en el siguiente capítulo, realiza un trabajo comparativo entre la obra de Lezama y la

de Néstor Perlongher, señalando cómo en el seno de la modernidad, el barroco –y sus distintos avatares– se distancia del valor de uso de los objetos/palabras que, en el sentido de Marcel Mauss, se convierten en un “don” o excedente que cuestiona el orden capitalista.

Los cuatro capítulos siguientes se agrupan bajo el título “Lezama Lima conversa: entre el Coloquio con Juan Ramón Jiménez y las lenguas cotidianas”. En primer término, Nancy Calomarde contextualiza la escritura del *Coloquio*, de 1937, en el mundo de las revistas del origenismo –*Verbum*, *Espuela de Plata*, *Clavideño*, *Nadie parecía*. Con el telón de fondo de debates en torno al lugar de Cuba en la cultura latinoamericana, el exilio español, las teorías raciales, el mestizaje y la poética negrista consagrada, Calomarde expone cómo Lezama propone un valor positivo para la insularidad cubana, entendida como un horizonte cultural abierto a todo el espacio cultural de Occidente. Estos argumentos se continúan de algún modo en el capítulo de Jorge Marturano, que también lee en el *Coloquio* una teoría de la cultura. Para ello, repasa las teorías del insularismo, desde las que fueron centrales a la consagración de la idea de *islación* (Jorge Mañach, Juan Marinello, Fernando Ortiz) hasta la insularidad entendida como sustrato común de la identidad caribeña (Benítez Rojo). Por ello, más que adherir a teorías aislacionistas de la condición insular (Pedreira), Marturano concluye en que “El horizonte de Lezama se puede poner en correlación con el sentido de un *flechazo* hacia lo universal” (219).

Rafael Castillo Zapata dedica su artículo al lugar que adquiere el habla, la conversación, en la obra del autor, conversación que provee un modo de ideación particular a la textualidad de

Lezama y que permite la producción creadora de nociones inesperadas. De allí la “singula-rización” de las imágenes e ideas que surgen de las conversaciones representadas en los textos, que exigen un constante “*bautismo* denominativo” (239) y, por derivación, una invención o deformación de la lengua. Por eso, afirma Castillo Zapata, en el *Coloquio* se inscribe una “poética del *pensamiento hablado*” (243). Esta misma línea será explorada por Graciela Salto, aunque desde otro ángulo: la autora se propone, a partir de estudios recientes sobre la obra lezamiana, cuestionar el peso asignado a la noción de “lengua popular” como matriz generadora de su escritura. Considera que esa categoría requiere ser contrastada con la de “lenguaje cotidiano”, categoría que, para Salto, es más precisa que la de “lengua popular” para explicar tanto el humor como la riqueza verborrágica de Lezama, en un análisis que la retrotrae a las retóricas antiguas, especialmente a Longino y su tratado *Sobre lo sublime*, que vinculaba la risa, los excesos verbales y la pasión con la génesis de la poeticidad. Esto explicaría, en parte, la predilección lezamiana por Góngora así como exigiría una complejización de la categoría de la *oralidad* –tácitamente identificada, muchas veces, con la de *lengua popular*– complejización que Salto juzga necesaria para analizar la “*verba criolla*” y el “*choteo*” que, como “*urdimbre del lenguaje cotidiano*” (Mateo Palmer), penetra en la prosa lezamiana.

Al espacio urbano y su representación están dedicados los tres capítulos de “La Habana de Lezama Lima”. En el primero de ellos, Carolina Toledo pasa revista a las configuraciones de la ciudad en *Paradiso* y en las crónicas habaneras del autor. Vincula su cosmovisión con la tradición modernista de fines del siglo XIX y principios del XX y plantea que

hay en él un esfuerzo por reducir las huellas que el proceso de secularización ha inscripto en la trama urbana y por resacralizar el espacio urbano a partir de lo poético, de donde se deriva una concepción de la ciudad como comunidad, al estilo medieval. También María Guadalupe Silva lee las crónicas habaneras, publicadas originalmente en el *Diario de la Marina* en 1949-1950, cuyas descripciones del estilo de vida y el espacio urbano modernizados encontrarán su contrapartida en el señor barroco de *La expresión americana*. Esa mirada premoderna sobre la geografía urbana, que Toledo asocia con la idea medieval de ciudad, es retomada desde el orden genérico por Teresa Basile, quien observa la filiación establecida por el propio Lezama entre las crónicas reunidas en *Sucesiva o las coordinadas habaneras* y la categoría del “cronicón”, arcaizante y medievalizante. De allí la importancia de las conmemoraciones en su prosa y la idealización de la etapa colonial, que no apunta tanto al artículo de costumbres como a la construcción de una “utopía católica, precapitalista y premoderna (y no revolucionaria)” (313).

Los artículos de Rafael Rojas y María Marta Luján conforman la quinta parte del libro, “Lezama Lima en la revolución cubana”. El primero de los colaboradores analiza sus relaciones con la cultura de México y algunas figuras de su intelectualidad. Jalones como el exilio mexicano a Cuba luego de la revolución de 1910, el lugar de la pintura y la literatura mexicanas en *Orígenes* y los contados y breves viajes del autor cubano a México son tenidos en cuenta por Rojas para esclarecer el ritmo de un contrapunteo entre La Habana y México que parece resolverse a favor del segundo, cuando se observa que nuestro escritor era publicado allí mientras en La Habana

padecía por la marginalización oficial. Luján, por su parte, procura demostrar que, mientras Lezama adhiere a la idea de revolución en términos generales, se distancia del discurso revolucionario oficial cubano y, lógicamente, de la estética realista propugnada por los “intelectuales orgánicos” (339), en favor de su *hipertelia* o sobrepasamiento de la finalidad en el arte.

La anteúltima sección del libro está dedicada a las “Escrituras privadas: diario y epistolario”. Reúne cuatro artículos que indagan, en mayor o menor medida, en la configuración autobiográfica de Lezama. Ese es, explícitamente, el objetivo de María Cristina Dalmagro, quien analiza la representación del “yo” en sus cartas, un género que tiene puntos de contacto con las autobiografías clásicas, aunque está dominado por una intencionalidad comunicacional y pragmática. Dalmagro reconstruye una consistente autfiguración autoral atravesada por la soledad y la impronta de los exilios familiares, mientras se proyecta en el contexto de movimientos poéticos, autores y publicaciones del período. María Laura de Arriba, a su vez, consagra su colaboración a la lectura atenta de los *Diarios*, para asomarse a una conciencia que, aun con conflictos bélicos mundiales y revoluciones de fondo, coloca a la literatura como centro de la experiencia vital y cuyos “dramas sólo pueden ser intelectuales” (364). En estos diarios irrumpe, asimismo, el agobiante mundo oficinesco al cual el autor tuvo que dedicar varios años de trabajo. Ignacio Iriarte articula la lectura de los epistolarios y otros pasajes de la obra con una síntesis de la evolución arquitectónica de La Habana para poner en evidencia los cambios urbanísticos que darían lugar a la nostalgia de Lezama por la ciudad que desaparecía y que explicarían el sesgo

costumbrista de varias crónicas del autor. Las huellas urbanas de la revolución, posteriormente, harían que la figura del “habanero de varias generaciones” (384) que encarnaba se viera sustituida por la del mártir, testigo de una ciudad horadada por el exilio. Por último, Susana Gómez se detiene en la lectura de Lezama Lima que tiene lugar en las cartas de Julio Cortázar y en las que afloran apreciaciones acerca de la cultura latinoamericana y la revolución. A partir de la noción de *cronotopo*, Gómez rastrea las huellas del tiempo-espacio de Cortázar en tanto que lector/crítico/editor de Lezama.

Los dos últimos capítulos están dedicados a “La poesía de Lezama Lima”. Desde un enfoque que podríamos calificar de comparatista, Juan Pablo Lupi estudia “X y XX” para establecer relaciones entre el sistema poético lezamiano y el poema “Prose (pour des Esseintes)” de Stéphane Mallarmé. Para ello, Lupi se detiene en aspectos retóricos y en los múltiples intertextos de “X y XX”. Ivette Fuentes de la Paz ofrece, por otro lado, una lectura de la “mística poética” de Lezama, a partir de autores que fueron medulares para el cubano, como San Juan de la Cruz, Santa Teresa, María Zambrano y Juan Ramón Jiménez. En un proceso de metaforización centrado en el conocimiento, la poesía lezamiana se identifica con el absoluto a partir de su analogía con lo divino.

En resumidas cuentas, este libro, que tiene su génesis, como dijimos, en ponencias presentadas a un congreso en homenaje al autor, convierte la inevitable diversidad propia de una obra colectiva en un valor positivo: ofrece un panorama de la crítica sobre distintos aspectos de la obra de Lezama Lima y puede muy bien convertirse en el punto de partida para nuevas investigaciones.